

LA MADRE DE FAMILIA.

BIENOTECIA MUNICIPAL
MADRID
MADRID

REVISTA
MORAL Y RELIGIOSA.
CON LA
aprobacion eclesiástica,
y bajo la direccion
DE
E. Lozano de Vilchez.

Granada.—Darro del
Campillo, 15.

Contendrá artículos
de costumbres, nove-
las, poesías, seccion
doctrinal, y cuanto
juzguemos á propósi-
to para la instruccio-
n religiosa, la enseñan-
za y el recreo.

Este periódico sal-
drá los dias 8, 14, 23
y 30 de cada mes, y cons-
tará de ocho páginas
en igual tamaño al de
este prospecto.



SU PRECIO
ES EL
DE UN REAL AL MES
EL MÁS BARATO
que se publica en España.

Los pagos se harán
de cuatro en cuatro
meses para facilitar de
este modo á los señores
suscriptores la adquisi-
cion de las tarjetas es-
tablecidas para pago
de periódicos, y que se
expenden en todos los
estancos; admitiéndose
tambien los pagos
en sellos de franqueo
de 10 y 15 céntimos.

Suplicamos á los
señores que quieran
suscribirse, que al
darnos el aviso mar-
quen bien su nombre
y pueblo de su residen-
cia y provincia á que
pertenece.

8 de Noviembre de 1878. DIRECTORA, ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ. Año IV. Número 25.

SUMARIO.

Los dos viajeros, novela.—La caridad, poesía.—Calvario
y redencion, cartas de tres hermanos.—En la sentida
muerte del niño Adolfo Marin y Entrala, poesía.—
Seccion doctrinal, La senda del cielo.

LOS DOS VIAJEROS.

(CONTINUACION.)

Héctor continuó paseándose sobre cubierta,
entregado á sus pensamientos, y observando
sin cesar al ciego, del cual nadie hacia caso. A
impulsos del movimiento mas involuntario del
alma, la simpatía, pronto experimentó cambiár-
sele esta atraccion en compasion, en verdadero
interés. Hubiera querido consolar, aliviar un
infortunio que le iba al corazon; pero, á pesar

suyo, sentíase tímido ante aquel gran revés
sufrido con valer.

El ciego se habia levantado, y se paseaba
lentamente procurando evitar los obstáculos
que se encontraba á cada paso, y que podian
constituir para él un verdadero peligro... Héctor
se le acercó sin vacilar, y le dijo con suma
amabilidad:

—¿Me haria V. el obsequio de aceptar mi bra-
zo? Así podrá pasear mas cómodamente, y yo me
tendré por muy feliz en prestarle tan ligero
servicio.

—Es V. muy bondadoso, caballero,—respon-
dió el ciego volviéndose á Héctor que reconoció
la voz que tanto le habia conmovido la víspera.

—¿Acepta V.?—contestó pasando el brazo del
ciego bajo el suyo, y conduciéndole por donde
el paso era mas libre.

Mucho tiempo hacia que Héctor no se había sentido tan feliz; un dulce sentimiento había dilatado su alma... la amistad del hombre hacia sus semejantes... una amistad pura, desinteresada, que acompaña la desgracia y se muestra sobre todo allí donde puede ayudar, consolar algún infortunio olvidado del mundo.

Ambos jóvenes dieron una vuelta sin romper el silencio, hasta que al fin dijo el ciego:

—Ignoro á quién debo esta muestra de bondad que me conmueve. ¿Sería indiscreción, caballero, preguntarle á V. su nombre?

—Me llamo Héctor de Mesnil.

—Y yo Roberto Simon. Es V. joven, si no me engaña el metal de su voz.

—Tengo veinte y ocho años.

Otra vez guardaron silencio, hasta que el ciego exclamó:

—¿Qué día tan delicioso, y cuán bueno es Dios!

Esta exclamación, salida del fondo del corazón, sorprendió á Héctor. ¿Qué encanto podía encontrar en la vida aquel hombre privado de todos los bienes que esta puede ofrecer? ¿De dónde procedía aquel movimiento de gratitud hacia un Dios cuyos misteriosos juicios parecían á Héctor dictados por un incomprensible rigor? Así es que no pudo menos de preguntar con sorpresa:

—¿Es V. quien alaba la bondad de Dios?...

—¿Y por qué no? dijo el ciego con dulzura. ¿Cree V. que la privación de un solo bien me vuelve ingrato ó insensible para todos los demás? Siento el calor del sol, el suave ambiente de esta mañana de julio; respiro el perfume que ambas orillas nos envían; oigo voces humanas que hablan con los acentos de la alegría y de la cordialidad, y aunque no vea como V. los hermosos paisajes que se extiende á lo largo del río, me los figuro en mi imaginación, quien sabe si más hermosos, y me regocijo pensando que mis hermanos disfrutaban de ellos, y que el aspecto de esta magnífica naturaleza eleva sus almas á su Criador; entonces me uno á su gratitud y á su alegría, y como ellos y con ellos me siento satisfecho.

—Pues ¿cómo! ¿son estos los sentimientos que le inspira su...

—Mi ceguera, querrá V. decir. ¿Por qué tanta extrañeza? ¿Puedo dar lugar á un sentimiento de rebeldía y de queja por esta desgracia que me ha enviado el mismo Dios, es decir, la Soberana Sabiduría y la Suprema Bondad? Me compadecerá V., creerá que soy desgraciado; pero ¿cómo así cuando me hallo en la situación en

que me ha colocado aquel mismo Señor que sabe mejor que yo lo que más me conviene?

—¡Esto se llama estoicismo!

—¡No! esto se llama resignación cristiana, y así debe V. reconocerlo si es cristiano como creo.

—¡Ah! cristiano!— murmuró Héctor sacudiendo la cabeza.

Roberto adivinó este movimiento que no había podido percibir, y el tono de la voz revelóle el sentido de aquella exclamación. Recogióse un instante, y continuó:

—Sí, cristiano, y sin duda católico, pues por el lenguaje comprendo que es V. francés, cristiano por el bautismo, cristiano por la educación, cristiano por todo lo que le rodea: V. debe comprender este sentimiento de conformidad con la voluntad de Dios, sentimiento delicioso, el único que refrigeró al alma en el combate de la vida.

—¡Ah! pues no, no lo comprendo! exclamó Héctor; estoy en rebelión continua contra lo que el mundo llama mi dicha!

—Con que, ¿no es V. feliz?—dijo Roberto con tono del más vivo y afectuoso interés.

—Pretenden que lo soy, ó cuando menos que poseo todos los elementos para serlo...

—Pues ¿qué le falta á V.?

Héctor calló, y Roberto no insistió más. Su corazón estaba poseído de un sentimiento profundo de lástima; adivinaba cuánta indigencia y tristeza había en el fondo del alma de su nuevo amigo, y en secreto le hizo la limosna de una oración tan tierna como fervorosa.

Todo el día lo pasaron juntos. Héctor, tan taciturno é insociable en la víspera, habiase aficionado de una manera extraña á este amigo que la Providencia parecía haber conducido ante sus pasos; á este amigo pobre, humilde, despreciable á los ojos del mundo, pero en quien reconocía un espíritu superior, una secreta grandeza que la riqueza no puede dar.

Roberto, á su vez, cediendo á las instancias de Héctor, acompañándole á la mesa, aceptando sus buenos cuidados y atenciones, comprendía que obedecía á un designio de la Providencia, que acaso se serviría de él como de un instrumento para llevar á buen camino aquella alma. Dejáronse llevar los dos de aquella atracción que les impelia uno á otro, y el día se pasó en agradables y dulces conversaciones, que iban estrechando cada vez con más fuertes lazos aquella intimidad.

III

PRIMEROS DESAHOGOS.

Habia anochecido, soplaba un fresco airecillo, y sobre el puente habian quedado solos Héctor y Roberto, sentados uno al lado del otro.

—En esta hora le oí cantar la última noche, dijo el primero.

—¿Me escuchaba V.? preguntó sonriendo el ciego: es V. muy indulgente; pues la música del *Pórpora* merecía mejor intérprete.

—Ignoro si cantó V. bien ó mal; pero sí sé que llegó á conmoverme profundamente, y que me hizo pensar en cosas que desde mucho tiempo tenia olvidadas: en la naturaleza que tan hermosa és, y en Dios tan grande.

—Si así es, me considero dichoso, muy dichoso.

—Sí (dijo Héctor sin interrumpir el curso de su pensamiento); es bien extraño; al eco de aquella voz reaparecieron en mi mente los recuerdos de mi infancia; recordé aquella tierna edad en que oraba con fe tan viva á los piés de una hermosa imágen de María, desde cuyos brazos un gracioso Niño de cara de ángel me miraba con dulce sonrisa, y yo le llamaba el buen Jesús...

—¿No es admirable, continuó Roberto, que la primera palabra que asoma en nuestros labios al pensar en Dios, es sobre su bondad?

—Mas, si Dios es tan bueno, ¿por qué he de ser yo tan desgraciado? Todo me causa tédio; he bebido en la copa de todos los placeres; pero como ha dicho un autor, esta copa solo hierva por sus bordes. Todo lo he probado, diversiones, estudio, viajes; y en el fondo de todo esto he encontrado un fastidio insoportable, un mortal sinsabor.

—Apostaría que hay cosas que todavía no ha probado V.

—Podría V. engañarse, amigo (dijo Héctor sin comprender el sentido de estas palabras): mi padre, despues de haber ejercido por mucho tiempo la medicina en París, donde nació y me he educado, retiróse á una encantadora quinta en las inmediaciones de Friburgo, país que le es muy caro porque fué patria de su madre y mi abuela. Posee una gran fortuna; soy su único hijo; me ama, y me deja en completa libertad, y con el goce de una pensión que podría satisfacer gustos mas espléndidos, deseos mas ambiciosos que los míos.

—¿Es decir que no tiene V. freno que le detenga?

—Así es, y mi madre lamenta esto no pocas veces; pero mi padre tiene por sistema la indulgencia mas cabal, indulgencia para los gustos de la juventud, y aun para sus debilidades; solo una cosa desea en este mundo, y es verme satisfecho.

—Y este deseo ¿no se cumple?

—¡Oh! no, no; empleo mi libertad en recorrer el mundo, mi fortuna en procurarme el bienestar y los placeres que los demás gozan ó apetecen; pero es lo cierto que nada me divierte, y que me acompaña por todas partes el aburrimiento. Cuando vuelvo á mis lares, el afecto que me muestran mis buenos padres me conmueve, pero aun allí me falta algo... ¡Qué molesta carga es la vida! ¡qué inexplicable pena la de ser y vivir!... Vivo... ¿por qué? Voy... no sé á donde... terribles cuestiones que quedan sin resolver...

—¿Sin resolver, dice V., mi buen amigo ¿Cuánto se engaña! Sí, hay una respuesta, hay una solución á estos enigmas...

—¿En dónde?

—Se lo dire á V. mas tarde, ó por mejor decirlo, se lo recordaré á V., pues ha balbuceado, cuando niño, la sabiduría que su alma ignora en la actualidad.

—¿Que quiere V. decir?

—Responda V. ante todo á esta pregunta: ¿por qué le ha puesto Dios en el mundo?

—Para conocerle, amarle y servirle (respondió Héctor con amarga sonrisa) no creia saber tan bien el catecismo.

—Pues bien; en esto estriba todo: conocer á Dios para llenar y contentar el entendimiento, amarle para satisfacer el corazón, servirle para dirigir la voluntad.

—¡Dichoso V. que cree en tal doctrina! ¡dichoso V.!

—¡Si, dichoso! Bendito Dios, de quien emana todo bien, por la fe que me ha concedido; pues sin ella ¿qué hubiera sido de mí? He sufrido mucho, me he visto privado de todos los bienes de que V. se ve colmado; y si Dios, el Dios de los cristianos no me hubiese sostenido, ¿en qué abismos de dolores y de desesperación no hubiera caído?

Estas palabras dichas con sencillez, pero con el irresistible acento de la verdad, conmovieron á Héctor. Tomó la mano de Roberto, y díjole afectuosamente:

—Conozco el corazón de V., pero no su vida..

Dígame V. algo de ella, si es que merezco su confianza.

—¿Espera V. oír algo legendario, ó cosa así extraordinaria? repuso Roberto con tono festivo: mi vida, aunque sembrada de contrariedades, ha sido muy uniforme, muy ordinaria, pues la desgracia y la resignacion constituyen el fondo natural de la existencia. Solo algunas ideas hay que apuntar en mi vida, y se las comunicaré de muy buena gana, como á un amigo, como á un hermano...

—Así lo espero,—dijo Héctor estrechando una vez mas la mano del ciego.

IV.

ROBERTO.

—«Nací, comenzo este diciendo, á orillas del mar, en la antigua Saintonge, siendo hijo único de un capitan de buque mercante. Durante las largas ausencias de mi padre, viviamos juntos mi madre toda para mi, y yo todo para mi madre; por los rasgos de mi fisonomía (á la sazón no era ciego) recordábale los del ausente amado, y en ella encontraba yo, con la ternura de una madre, los vigilantes cuidados de un padre. Era mi madre una de estas mujeres fuertes que el Cristianismo ha dado al mundo: amaba á Dios, á su esposo, á su hijo, pero depuraba lo que los amores de la familia podian tener de sobradamente humano, teniendo siempre presente en su entendimiento á Dios, y tomando sus leyes y máximas por su norte y guia. Ella me inspiró desde mis mas tiernos años una fe viva en este Dios de bondad y una confianza perfecta en su misericordia. Y esta sola confianza la consolaba en sus penas.

«Cuando ella pensaba en mi padre (y en él pensaba siempre) expuesto á los peligros del mar, decíase á sí misma reprimiendo sus lágrimas: «Dios lo quiere; Dios sabe sus sufrimientos y nuestros temores, y esto basta. ¡Os lo confío, Dios mio, tened piedad de nosotros!» Y cuando el cielo estaba mas sombrío, ó cuando su corazón estaba mas intranquilo, iba á arrodillarse ante el altar de la Virgen, en una antigua capilla de nuestra gótica iglesia, y á los piés de aquella imágen, confidente de tantas penas, oraba largo tiempo, desahogaba su corazón de esposa y de madre, y referia sus angustias á Aquella que fué tambien aqui bajo esposa afectuosa y madre de dolores..»

«Iba á cumplir catorce años. y mi madre repetía á menudo con cierta expresion de alegría que no le era habitual:

—«Espero, hijo mio, que tendremos aqui á tu padre para celebrar juntos tu próximo cumpleaños.

«Esperábamos en efecto la llegada del buque que mi padre mandaba y que debía regresar de un viaje muy largo por las costas de España. La casa, compuesta y preparada para tan deseada vuelta, respiraba un aire de fiesta. Mi madre habia reunido en ella, gracias á sus economías de cada dia, todo el bienestar compatible con nuestra humilde fortuna, con lo cual queria recrear los ojos del pobre marino, reducido á vivir en la estrechez de su camarote, y privado casi siempre de las mas ordinarias comodidades de la vida. A todas horas iba yo á ver si señalaba el vigía la llegada del *Jóven Arturo*. El 13 de setiembre por la tarde (nunca he olvidado esta fecha), encontré á uno de los pilotos que con el antejo en la mano miraba atentamente hácia el mar.

—«¿Qué tenemos? le pregunté.

—«¡Ah! muchacho! exclamó; creo ver allá abajo el bergantin del capitan Simon.

«Entonces prorumpí en exclamaciones de alborozo, pero interumpiome el vigía:

—«Callate, por vida mia, que mas quisiera ver al *Jóven Arturo* algunas leguas mar adentro.

—«Pues ¿qué ocurre?

—«¡Mira al cielo!

«Miré, y no necesité grande experiencia de marino para ver que iba preparándose una horrible tempestad de equinoccio. Las barcas de pescadores, ligeras como gaviotas, refugiábanse en el puerto á toda prisa; las grandes embarcaciones amarraban sus anclas, y varios corrillos de marineros platicaban en la playa mirando con ojo inquieto el mar, que se encrespaba y cubria de espuma.

«Corrí á casa, y mi madre me salió al encuentro.

—«¿Qué noticias traes? me preguntó.

—«Señalan al bergantin...

En aquel momento grandes aves marinas, empujadas á tierra por el viento y sobre todo por su instinto, pasaron rozando las ventanas de nuestra casa. Viólas mi madre, y cruzó las manos:

(Continuará.)

LA CARIDAD.

(Traducción,) DE LAMARTÍNE.

Dios al sol dijo un día:
 «Tú, que mi diestra al universo envía,
 Para llevar al hombre
 Mi luz y mi alegría;
 Tú, que escrito mi nombre
 Muestras sobre tu disco de topacio;
 Tú, por quien fiel me aclama,
 Al renacer la aurora, el ancho espacio;
 Dime ¡oh sol!: de los dones que derrama
 Tu benéfica llama,
 De los que asientas, pasos de gigante
 Sobre el zenit, iluminando al orbe,
 De los que siempre una pupila absorbe
 Rayos de luz, que ahuyentan los enojos,
 ¿Cuál te hace, en tu carrera deslumbrante,
 Á mí mas semejante
 Y mas grande á tus ojos?»

Y así le contestó, la faz cubierta,
 El astro que dá vida:
 «No es de la Libia en la estension desierta
 Escandecer la arena enrojecida,
 Ni liquidar del Líbano orgulloso
 La corona de hielo,
 Ni mirarme en el seno proceloso
 Del mar profundo, ni dorar el cielo.
 En mí, señor, tu gloria se refleja
 Cuando en negra prision, donde intranquila
 Un alma sufre en mísero desmayo,
 Penetro alegre por la dura reja
 Y una lágrima enjugo en la pupila,
 Que tan solo de luz tiene aquel rayo.»

¡Oh sol, yo te bendigo:
 Tu luz es cual mi amor! Y lo que un día
 Al astro luminoso Dios decía,
 Yo, pobre ave canora, también digo.
 Lo que mi canto ansía
 No es volar en las alas de la gloria;
 Mi númen no reclama
 Un lugar en el templo de la fama,
 Do esculpir mi memoria.
 De adversos hados en la noche oscura
 Herido corazón hallar anhelo,
 Que atento escuche mi canción sonora,
 Y que mi voz, con fraternal dulzura,
 Grata le torne la pérdida calma,
 Y que penetre amiga y bienhechora,
 Como un rayo de luz, dentro del alma!

CALVARIO Y REDENCION.

CARTAS DE TRES HERMANOS.

Fabian á Maria.

Mucho veo que sufres mi pobre hermana, y mucho valor necesitas para sostenerte y no desmayar.

¡Dios bendiga á ese noble anciano que te ofrece consuelos y proteccion.

En cuanto á mí, también he pasado en estos días, largos y amargos momentos de ansiedad y desesperacion: también al volver mis ojos al pasado han anegado en lágrimas de sangre, arrancadas á mi alma por el dolor y la indignacion.

¡Pobre padre mio! de que villanía tan cruel fué víctima! pobre madre de mi alma, cuanto á debido sufrir!

Escucha, y te referiré, lo que ha pasado desde la última carta que hace ya días te escribí.

Tu sabes que, sin pensar el resultado que iba á darme, y por una casualidad providencial, tuve conversacion con el yokey de D. Pedro, y que este me condujo, ó más bien, yo le obligué á llevarme al lado de su padre.

Después de la impresion que mis frases y mi presencia produjeron en aquel anciano, ya no me quedó duda de que por él iba á saber cuanto deseaba, y así á sido en efecto.

Al siguiente día de nuestra primera entrevista volví de nuevo y penetré en la estancia en que se hallaba, sin encontrar dificultad ninguna.

Ya comprenderás la noche de ansiedad y de insomnio que habria pasado para mí.

Ya comprenderás los pensamientos y los proyectos que habrian rodado por mi mente, durante aquellas horas de espera y de afán.

Cuando llegué junto al anciano de cuyos labios pretendia saber la historia del pasado, el pobre enfermo se hallaba solo, pues su hijo habia salido con su señor.

—Ah! es V.? me dijo al verme aparecer, ¡con cuanto afán le esperaba! ha veces he creído que su presencia habia sido una ilusion mia, un efecto de la calentura, ¡estoy tan enfermo, tan débil ya!

Efectivamente, el infeliz demostraba en su semblante los estragos de una enfermedad larga y mortal, sin remedio y sin lenitivo.

Yo le alenté, le consolé algun tanto y quise darle alguna confianza.

Él movió tristemente la cabeza y me dijo señalándome sus piernas sin movimiento y sin vida.

—Nó: todo es inútil! yo no saldré de esta cama donde estoy clavado hace seis años! la única esperanza que abrigo es morir en paz con Dios y mi conciencia, si...

Se detuvo un momento, fijó en mí sus ojos con insistencia y me preguntó.

—¿Que pruebas puede V. darme de que efectivamente es hijo de mi noble señor, el Marqués de Alba-luz?

Reflexioné un instante, y recordando que llevaba al cuello un medallon con el retrato de nuestros padres, le saqué con prontitud y le mostré á sus ojos en silencio.

Dos lágrimas rodaron por las enflaquecidas mejillas de aquel hombre, que exclamó con acento conmovido.

—Sí, ellos son! pero V.....

Rápidamente, y como impulsado por un recuerdo instantáneo, cogió con la suya la mano en que yo sostenía el medallon, y la examinó con afán, murmurando despues de un instante.

—Sí, V. és, V. és; no me cabe duda! he aquí, he aquí una señal que no puedo desconocer: ¡me apuré tanto el día en que V. se hizo esta herida!

—Como! le pregunté, mirando mi mano y reparando por primera vez una pequeña cicatriz en medio de la palma; yo no recuerdo.....

—Era V. tan niño! pero yo estaba á su lado, yo tenía que responder de V., pues sus padres le habían confiado á mi cuidado, y no puedo olvidar aquel día en que cayó junto á mí y se traspasó esa mano con un guijarro del camino donde yo le había llevado á pasear! Oh! lo que entonces me causó tal sobresalto me llena ahora de alegría, pues me ofrece el medio de reconocerle y poderle confiar los secretos que há mucho tiempo pesan sobre mi corazón, agitándole con un terrible remordimiento.

—Los designios de la providencia son inescrutables, y ella, por una hilación de sucesos estraños me ha traído sin duda aquí, le dije lentamente.

—Oh! he rogado á Dios tanto que llegase un instante en que me librase de esta angustia, en que yo pudiera redimir el pasado!... porque V. no sabe, no puede saber las veces que he suplicado á mi señor que remediara el mal que ambos hicimos! Él no me ha escuchado! no me ha escuchado, porque si en un principio le guiaba el afán de la venganza, los celos y la desesperación; des-

pues.. despues obraban en él, por iguales partes, el egoísmo y la avaricia. Oh! si Dios no me hubiera sujetado impotente en este lecho, si el temor de envolver á mi hijo en mi desgracia no me hubiera detenido, mil veces hubiera declarado la verdad, mil veces hubiera corrido ante los tribunales pidiendo justicia para el inocente y castigo para los culpables! mas esto era imposible! él me amenazaba, él otras veces me ofrecía labrar el porvenir de mi hijo... y yo luchaba, luchaba! pero tenía miedo á morir sin hablar y veía la muerte acercarse á cada momento. ¡Que sueños tan horribles me han agitado en mis largas noches de soledad! veía á mi señor ensangrentado, moribundo, alzarse ante mí, pidiéndome cuenta de su muerte, ó acusándome de la desgracia de sus hijos! Oh! júreme V. que me perdonará en nombre de su padre, júremelo V. por Dios, y todo se lo diré!

Aquella escena, hermana mia, me tenía violento y trastornado.

Aquel hombre me inspiraba lastima, y me inspiraba horror.

Sin embargo, yo necesitaba hacerle confesar, y cedí á todo, y todo lo prometí en aquel momento!

Un poco mas tranquilo entonces, me suplicó que viese si alguien nos podia escuchar, y despues de cerciorarse de lo contrario, y de que su señor estaba fuera de la casa, me mandó cerrar la puerta, y empezó á hablar de este modo:

—Hace ya muchos años, yo era jóven aun, cuando servia de ayuda de cámara en casa de su padre de V. el señor Marqués.

Mi amo era el mas noble, el mas digno de los hombres, y su esposa la mujer mas bella y mas digna que he conocido.

La felicidad y la paz reinaban en aquella casa, alegrada por la sonrisa de tres pequeños ángeles, orgullo y esperanza de sus buenos padres.

Sin embargo, en aquel paraíso asomó la cabeza una infame serpiente, envidiosa de aquella ventura, y resuelta á turbarla ó á destruirla para siempre.

Un primo del señor Marqués, ó mas bien un hermano bastardo, que por primo pasaba para todo el mundo, concibió una pasión insensata por la hermosísima Marquesa de Alba-luz, y un aborrecimiento sombrío contra el que la llamaba su esposa.

En medio de la lucha de aquel amor y de aquel odio, necesitaba un cómplice y ese fui yo.

—V.! exclamé sin poder dominarme.

—Sí! contestó; he resuelto decir la verdad y

nada quiero ocultar. El oro es una tentación demasiado peligrosa para un hombre pobre, y yo no supe resistir á ella.

D. Pedro me confió sus proyectos, me habló de sus esperanzas, y puso en mis manos un billete que me encargué de hacer llegar hasta la Marquesa.

Esta era honrada y altiva, y al ver el contenido de aquella carta, me amenazó con hacerme arrojar de la casa, si volvía á presentarla alguna otra.

D. Pedro se desesperó, dobló las promesas, y yo me empeñé en favorecerle.

La señora empezó á mirarme con repugnancia, y yo á fingir al Marqués una adhesión y una fidelidad sin límites.

D. Pedro por su parte sentía exarcerbarse más cada día aquella pasión y revolverse en su mente mil ideas á cual más descabelladas.

¡Nada le quedó por intentar!

De acuerdo conmigo, empleó una persecución tanto más tenaz, cuanto más le rechazaba y le despreciaba la Marquesa.

Sin embargo nada quería esta decir á su esposo del empeño de D. Pedro, porque comprendía el resultado sangriento que podía tener aquel drama de familia.

Este silencio alentaba á D. Pedro, que vió en él una esperanza: esperanza que se desvaneció bien pronto al ver que mi señora se negó á recibirle resueltamente.

Exasperado entonces, herido en su amor propio, herido en su orgullo, la pasión se trocó en odio, y juró tomar venganza de aquella mujer que le rechazaba y le aborrecía.

Yo no sé cuáles fueron sus maquinaciones: solo pude saber el resultado.

Un día puso en mis manos un papel de otra forma que los anteriores.

Le miré sorprendido, y le recordé que mi señora no admitía ninguna de sus misivas.

—Sí, ya lo sé me contestó con una sonrisa que no olvidaré jamás; ya sé que soy para ella un objeto de horror, pero no és en sus manos donde has de poner este escrito.

—Entonces, donde? le pregunté sin entenderle.

—Entre los papeles del Marqués, y en el sitio más reservado.

Le miré asombrado, pero él poniendo en mis manos un bolsillo lleno de oro,

—Obedéceme, dijo: has ido ya demasiado adelante para poder retroceder.

—Y V.?... le pregunté yo entonces, hermana mía, sin poder dominar mi impaciencia.

—Yo... me respondió el parálitico, yo le obedecí y ejecuté las órdenes que me daba.

—Y no pudo V. saber?...

—Al otro día, la casa fué invadida por la justicia, y mi señor acusado de complicidad en una conspiración contra la vida de los Ministros y del Rey.

—Ah! que dice V.

—Al registrar su despacho, encontraron entre sus papeles uno que atestiguaba la verdad de la acusación, y que hacía innegable su delito. Aquel papel era el que yó había colocado allí, y su mismo hermano el que había dado la delación!

Esta revelación hermana mía, me causó una impresión profunda, y me la causa ahora que te la refiero, en tales términos, que tengo que dejar la pluma, hasta mañana que volveré á escribirte de nuevo para terminar este relato tan triste y tan interesante para nosotros. Adios entre tanto, adios solo hasta mañana, que recibirás una nueva carta de tu hermano

FABIAN.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

EN LA SENTIDA MUERTE
DEL NIÑO,

ADOLFO MARIN Y ENTRALA.

Díjole la madre al niño
Que enfermo lloraba quedo:
—Duérmete y no tengas miedo,
Que te vela mi cariño.—

Cerró el infante los ojos
Y soñando que gemía,
Miró á la Virgen María,
Que calmaba sus enojos.

Juzgó el tierno pequeñuelo
Que era su madre, y lloroso
Le hechó los brazos ansioso
Y voló con ella al cielo.

FRANCISCO JIMENEZ CAMPAÑA.

SECCION DOCTRINAL.

LA SENDA DEL CIELO.

(CONTINUACION.)

—Y tanto, pero yo desobedecí á papá y bajé cuando el no estaba en casa!

—Oh hijo mio! eso fué una falta.

—Bien cara me costó, porque jugando y corriendo con Milord, nuestro perro de Terranova, resbalé junto al estanque y caí en él.

—Tú!

—Sí, ¡tú no sabes abuelita que miedo pasé, que angustia! ya estaba proximo á ahogarme cuando me acordé de la Virgen, la invoqué con fervor y la ofrecí ayunar y dar una limosna si me salvaba de aquel peligro.

—Sigue! murmuró la anciana, estremeci la aun ante el peligro de su nieto, sigue,

—La Virgen me oyó sin duda, exclamó el niño con expansion, pues en medio de mi trastorno sentí que tiraban dulcemente de mí hacia la orilla, y poco despues tendido sobre el césped, sentía que Milord lamia mis manos, y me miraba fijamente como preguntándome, si me sentía bien.

La Marquesa respiró con libertad, parecia que un enorme peso se habia quitado de su corazon.

—Despues, continuó Adolfo, subí á mi cuarto, me mudé de ropa y nadie se apercibió del peligro que habia corrido.

—Y la promesa?

—Eso es precisamente lo que iba á decir. La promesa la olvidé tan luego como pasó el susto, y no he vuelto á pensar en ella hasta este momento.

—He aquí lo que hacemos todos! en los peligros, en los ahogos, en los grandes momentos de apuro ó dolor, recurrimos á Dios, le ofrecemos hacer mil cosas buenas: luego... luego el peligro pasa, dilatamos el cumplimiento de nuestras promesas, dejamos siempre el realizarlo para mañana, hasta que al fin, conforme se vá borrando de nuestra mente el recuerdo de los momentos de amargura, se borra tambien la memoria de lo que prometemos durante ellos!

—Oh! es verdad, exclamaron algunos de los circunstantes.

—Tan verdad, que quizá no haya uno entre nosotros á quien no haya sucedido alguna vez esto.

—Oh! pues yo te aseguro, abuelita, que no tendrá Dios que acusarme mas de esta falta. Porque bien conozco ahora que hice muy mal; cumpliré lo ofrecido, y así otra vez me escuchará el Señor cuando le haga cualquier peticion acompañada de alguna promesa.

—Sí, sí, hijo mio; y esto debéis hacer vosotros todos: ó no ofrecer, ó cumplir lo ofrecido: aunque bien mirado, yo creo que en cualquier desgracia ó pesar, la obra mas meritoria que hemos de practicar para alcanzar misericordia del Señor, es conformarnos con su voluntad y aceptar toda tribulacion que nos venga de su mano, como acepta el enfermo de mano del médico la amarga medicina que ha de devolverle la salud.

Ahora hablemos de otra cosa; tú Anita, á quien considero una niña muy aplicada, ¿me podrás decir el tercer Mandamiento, de que ya vamos á tratar?

—Si señora: aunque yo sé muy poco, no ignoro que es, «Santificar las fiestas.»

—Bien, no te engañas, así és en efecto, y voy á decirte lo que yo entiendo en ese precepto.

—Ay! abuelita, exclamó Julieta muy contenta, estoy cierta de que en esto no has de tener que hacerme ninguna advertencia, lo que és contra ese Mandamiento estoy segura que yo no he pecado; no, no, por trabajar en día de fiesta, no faltó yó jamás. ¡Pues si siempre estoy soñando con que llegue el domingo para no ocuparme de nada, ni de dar lecciones, ni hacer labor... solamente ir á misa mayor para lucir mi trage mas bonito, y luego jugar y divertirme todo el día.

—Poco á poco, señora vanidosa, murmuró la Marquesa, no á comprendido V. bien la palabra que Ana acaba de pronunciar. Ella á dicho «Santificar las fiestas.»

—Pues eso, eso és.

—Oh; nó! no tiene nada de santo el modo con que tú las celebras.

Julieta un poco avergonzada guardó silencio esperando que la anciana se esplicase.

—Este Mandamiento, continuó esta, con un tono dulce y solemne, está relacionado con los anteriores, como todos los que forman el Decálogo, dando por resultado un todo perfecto, una unidad precisa y sauta como los eslabones que forman la cadena, y las letras ligadas forman la palabra. En el primer Mandamiento nos pide Dios el homenaje ó tributo de nuestros sentimientos, de nuestro corazon, de nuestro pensamiento en fin. En el segundo, el de nuestra palabra, queriéndola justa, sincera y reverente para Él, y en el tercero, el de nuestros actos, ordenándonos que estos sean una manifestacion pública y constante del amor que le debemos; esto és, que quiere que le demos pruebas de este amor con el sentimiento, la palabra y la obra.

—Prosigue, abuelita, yo no habia oido eso nunca que dices, exclamó Adolfo que tenia una imaginacion viva y ardiente, y que anhelaba penetrar pronto las verdades de la fé, prosigue que te escucho con mucho afán.

—Tal vez, hijo mio, aun que eres niño todavia, comprendas lo que te voy á decir. El hombre olvidadizo y frágil por naturaleza, quizá hubiera borrado muy pronto de su memoria el nombre de su Hacedor y los beneficios que le debe, sin esas solemnidades del culto externo que nos prescriben una vez cuando menos cada semana ir al templo, recordar en el incruento sacrificio de la misa, la dolorosa Pasion por la que fuimos redimidos, y alzar al cielo nuestras plegarias, unidas á las plegarias de la iglesia, madre sagrada nuestra, y á la que debemos completa sumision.

—Sí, ya sabemos, abuela, porque tú nos lo has dicho muchas veces, que la misa es una representacion de la Pasion de Jesús, y si tú quisieras explicarla ahora...

—No, todos los que estamos aquí lo comprendemos perfectamente; otro día, en otra ocasion quizá tratemos de esto, aunque ligeramente. Ahora, solo nos ocuparemos de las fiestas, santificadas siempre por ella.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

GRAFADA:—Imp. de La Madre de Familia.